



CAPITULO XVI

DON Simón de los Peñascales, como todo diputado, y á mayor abundamiento ministerial, recibía por docenas y cada día, las cartas de sus amigos y electores, y en todas ellas le pedían algo estos apreciables caballeros, desde un destino hasta un sombrero; desde una recomendación para el otro mundo, hasta la colocación de una nodriza ⁽¹⁾. Porque á un diputado se le considera en su distrito capaz de los imposibles, y, por ende, se le cree, y se le hace, el mejor y más barato agente de negocios en Madrid. El de nuestra historia, que creía darse importancia correspondiendo á tantas y tan raras exigencias, destinaba dos días de la semana á aquéllas que tuvieran que ver con los

(1) Histórico.

centros oficiales, y encomendaba las de más baja estofa al cuidado de doña Juana.

¡Era de ver lo que pasaba en los ministerios cuando don Simón entraba en ellos, á las horas marcadas por los ministros para recibir á los diputados, cargado de pretensiones y atacados sus bolsillos de memoriales!

Sus compañeros, que siempre madrugaban más que él, habían caído ya sobre el terreno como nube de langostas. Uno quería un gobierno de provincia para su hermano; otro una alcaldía en la isla de Cuba para sí mismo; otro, un juzgado para su pueblo; otro, una administración de aduanas para un primo arruinado por la causa de la libertad; otro, la destitución de un funcionario probo que se oponía tenazmente á ciertas pretensiones de su familia; otro, un ascenso; otro, una cátedra... en fin, por pedir, se pedía allí hasta la luna; y el ministro, ó el subsecretario, en su deseo de complacerlos á todos, tecleaba sin cesar sobre los botones de las campanillas, á cuya música iban apareciendo los altos empleados que podían entender en aquel cúmulo de solicitudes.

—Es imposible—se oía decir en un lado.—
No hay plaza vacante.

—Pues créela usted.

—No lo consiente el presupuesto.

—Haga usted un cesante en tal parte.

—Es un empleado antiquísimo é inteligente.

—Mi recomendado es un consecuente liberal.

—Tiene siete hijos.

—Que los mande á una casa de Caridad.

—*En fin*, le complaceremos á usted.

—¿Y de qué procede esa cantidad que se reclama?

—De inicuas cesantías sufridas en tiempos de gobiernos reaccionarios.

—No es bastante motivo; y aun cuando lo fuera, no estamos facultados...

—Es una friolera todo ello.

—¿Á cuánto asciende la *indemnización*?

—Á setenta mil reales.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque no hay fondos de qué sacarlos.

—Yo digo que sí.

—¿De cuál?

—Del de calamidades públicas, por ejemplo.

—Está agotado; y además, tenemos al clero y á los maestros de escuela sin pagar, medio siglo hace.

—Y á mí ¿qué me importa? Lo que usted debe tener presente es que mi recomendado es en su pueblo el mejor agente de la política del Gobierno; que es un incansable propagandista

de ella, y que tal vez á sus esfuerzos heróicos debo yo mi elección.

—*En fin*, hablaré con el jefe y trataremos de complacerle á usted.

—¿Y cómo va mi asunto?

—Regularmente.

—No basta eso.

—Hay un obstáculo muy difícil de vencer.

—¿Cuál?

—El fallo del Consejo de Estado, enteramente contrario...

—¡Demonio! ¿De cuándo acá?

—Desde esta mañana. Aquí está á la aprobación de S. E.

—¡Es preciso que se revoque ese fallo!

—No lo veo fácil.

—Pero yo lo veo necesario. Con él se perjudican los intereses de mi familia hasta un punto que usted no puede concebir.

—Todo eso está bien; pero...

—No hay pero que valga.

—*En fin*, hable usted con el jefe, que, si quiere, mucho puede hacer.

—
Todos estos diálogos y otros muchos por el estilo, oía don Simón á su entrada en los mi-

nisterios, mientras se abría paso entre aquel enmarañado laberinto de pretendientes y otorgantes; y en semejante ocasión, como era bastante novel en el tráfico para haber perdido el rubor por completo, solían saltarle á la cara algunas chispas de él... lo cual no le impedía llegar con sus peticiones al punto en que habían de ser atendidas. Verdad es que él no iba á pedir nada para sí ni para su familia; pero también es cierto que pedía para sus amigos ó protegidos, y que jamás, al pedir, preguntaba: *¿es justo?*, sino *¿es posible?*

El rubor, pues, de don Simón, no dejaba de ser algo farisáico.

Pocas de estas visitas á aquellas verdaderas *casas de contratación* necesitó para conocer el *ingrediente* con que se adherían de una manera tan tenaz las huestes ministeriales al poder. Ciego hubiera sido para no verlo, y aun para no distinguir entre la nube invasora, más de un rabioso opositor que tocaba el cielo con las manos cada vez que, fuera de allí, oía hablar de destinos concedidos al favor, ó del caudal de la patria despilfarrado. Porque resulta que los gobiernos al uso, ya porque se les defiende, ya porque no se les pegue con mucha fuerza, lo mismo necesitan ser rumbosos con sus huestes que con las enemigas.

Lo que nunca vió bien claro don Simón fué

lo repugnante del papel que él mismo desempeñaba entre aquellos hombres, de cuya conducta, y con razón, se escandalizaba. Muchos de ellos no vivían, sin embargo, de otra cosa, ni adivinar les era fácil de qué vivirían cuando en el cargo cesaran, ó *los suyos* cayeran.

Pero él, hombre rico, mucho más, infinitamente más de lo que necesitaba para el sostenimiento, muy lujoso, de su corta familia, ¿por qué cobraba en credenciales y en preferencias de los ministerios, un apoyo á *todo trance* que daba al Gobierno, sin más criterio ni mayor dignidad que si fuera un *suizo* asalariado?

Y no es extraño que no lo viera. Merced á esos procedimientos, se plantan de un salto junto al poder supremo, y son dueños de echar por la ventana la casa de la nación, muchos hombres que, fuera de ella, no tienen una triste buhardilla en qué albergarse, y otros que, teniendo mucho más, necesitan subir á grande altura para conseguir que alguien los contemple y acaso los envidie. Don Simón, como sabemos, era de estos últimos. En él podía la vanidad lo que la ambición ó el hambre en otros muchos.

Y si esto no fuera cierto, ¿por qué habían de hacerse las elecciones á garrotazos casi siempre? ¿Por qué un diputado, cuantas más ve-

ces lo es, con más afán desea volver á serlo?

Pues qué, ¿tanto abunda el verdadero patriotismo que sea necesario conquistar á tiros la *molestia* y el *pesar* de abandonar la propia casa y la familia y los negocios, por ir á cuidar de los ajenos?





CAPITULO XVII

SABEMOS ya que don Simón, aunque muy halagado con la importancia que le concedía su propio cargo en las altas regiones en que éste pesaba algo, no estaba satisfecho. Su ambición de *lustre* abarcaba mucho más. ¿Qué era él todavía en la corte? ¿Quién hablaba del señor de los Peñascales, ni de la familia del señor de los Peñascales? ¿Qué periódico había cantado su opulencia, ó la *severa dignidad* de doña Juana, ó los atractivos de Julieta? Por ventura, aquellas resmas de prospectos, ó aquellas circulares de industriales que «acaban de recibir el surtido para la estación;» ó las esquelas mortuorias; ó los folletos insulsos que diaria y profusamente le llegaban por el correo interior y que al principio creyó muestras de una especial deferencia á su persona, pues le eran desconocidos los remitentes, ¿no se le enviaban á

título de diputado á Cortes? ¿No los recibían igualmente todos sus colegas, muchos de los cuales no tenían sobre qué caerse muertos? Y fuera de estas distinciones y las que también conocemos, ¿de qué otras había sido objeto hasta allí?

Decididamente necesitaba hacer algo *extraordinario* en sus dos conceptos de hombre político y acaudalado personaje. Por ejemplo: pronunciar un discurso en las Cortes y dar un baile en su casa.

Sumido en tales meditaciones, paseábase una tarde en el salón de Conferencias, solo y cabizbajo, cuando se le acercó un mozo de lustrosas patillas y retorcido bigote, agradable de rostro y pulcramente vestido, diciéndole con la mayor solemnidad:

—¡Saludo al señor de los Peñascales!

Volvióse éste y miró al otro atentamente; y como no lo conoció, quedóse sorprendido.

—Á los hombres públicos—añadió el intruso, viendo la sorpresa de don Simón,—les pasa mucho de esto. ¡Como son conocidos de tantos á quienes ellos jamás han visto!... Pero á bien que á mí, el temor de una fría respuesta no ha de quitarme el placer que recibo al estrechar la mano de una persona digna de todo mi respeto.

—Un millón de gracias por mi parte,—dijo

entonces don Simón, un poco envanecido con semejantes lisonjas, y aun recelándose si sería él más popular de lo que creía.

—No las admito, señor mío—contestó el mozo quebrándose á cortesías.—Deseaba estrechar su mano de usted; acabo de verle pensativo y solo, y he elegido esta ocasión... Y á propósito de cavilaciones, ¿va usted á hablar mañana, quizá?

—¿Mañana?... ¿mañana dice usted?... Hombre, precisamente mañana, no...—respondió don Simón desconcertado, por dos razones: porque le habían leído parte de su pensamiento, y esto no le gustaba, y porque se le hacía desde luego capaz de hablar en el Congreso, lo cual le halagaba sobre toda ponderación.

—Se me había figurado, no sé por qué—añadió el intruso.—¡Como los periodistas estamos tan avezados á discutir hasta las fisonomías!...

—¡Conque usted es periodista?—exclamó don Simón más y más satisfecho.

—Hasta cierto punto, señor de los Peñascales.

—No comprendo...

—Quiero decir—continuó el otro, afirmándose los lentes sobre la nariz,—que soy periodista de devoción, no de profesión. Más claro, mato mis ocios y mis hastíos escribiendo la parte de política palpitante en un periódico

batallador. Por lo demás, por inclinación y por carrera, soy diplomático.

—¡Hola!—dijo don Simón abriendo mucho los ojos.—¿Agregado, quizá, á alguna embajada?

—Un poquito más.

—Secretario acaso...

—Un poquito más, si á usted le parece.

—¡Caramba!—gritó aquí Peñascales, acordándose hasta de su hija.—En este caso—añadió,—¿estará usted con licencia?

—No, señor: jubilado.

—¡Y tan joven!

—Señor de los Peñascales, la política no reconoce edades ni servicios.

—Verdad es.

—Sobre todo, cuando los funcionarios tenemos carácter y dignidad.

—También es cierto. Pero ¿no piensa usted volver á ejercer?...

—Lo veo difícil con este Gobierno, con el que no me reconciliaré jamás mientras yo observe que da al favor lo que debe al mérito.

—Según eso, ¿se cree usted postergado?

—Sólo sé, mi respetable amigo, que por mis antecedentes, por mis servicios prestados hasta el día en que cesé, me correspondía hoy una embajada de primera clase...

—Y quizá le han ofrecido á usted...

—Una indignidad, señor de los Peñascales... lo que puede desempeñar un cónsul de tres al cuarto.

—¡Qué atrocidad!—exclamó don Simón sinceramente escandalizado.

—Pues así va todo, amigo mío.—Pero á bien que no me extraña, porque soy viejo en esta casa, y conozco hasta sus menores escondrijos.

—Habrá usted sido diputado varias veces...

—No he querido serlo... ó mejor dicho, han tenido siempre los gobiernos buen cuidado de hacerme en las urnas cuanta guerra han podido. ¿No ve usted que á los gobiernos como los de España no les conviene en el Parlamento hombres como yo?... Ahora me ofrecieron un distrito; pero era con el fin de hacerme olvidar ¡mentecatol el desaire de la embajada, y especialmente para atar mis manos en la prensa; pues ya saben ellos que tienen cada día la existencia pendiente de mi pluma.

—¿Luego es usted de oposición?

—Le diré á usted: observo una actitud expectante. Amenazo de vez en cuando; transijo al ver que ceden, y vuelvo á la benevolencia... Porque conozco que el país no está para escándalos ni para caídas ruidosas. ¡Ah... pues si no fuera por este patriotismo que me esclaviza!...

Y se dió dos golpecitos con el junquillo en una pantorrilla, mientras volvía á afirmar los lentes sobre la nariz. Don Simón, que le creía como artículo de fe, no cesaba de regodearse con la idea de que un hombre de tanto valer le conociera, le admirara y le juzgase capaz de hablar allí como el más guapo. Bajo esta impresión le dijo, pasados breves instantes de silencio:

—Pues volviendo á la pregunta con que me hizo el honor de saludarme, ha de saber usted que me sorprendió, tanto más, cuanto que estuvo á dos dedos de mi pensamiento.

—Naturalmente. Diplomático y periodista, ¡figúrese usted qué se me ocultará á mí!

—No es esto decir que mañana precisamente...

—Es lo mismo, señor don Simón. Será pasado mañana, ó dentro de unos días...

—Podrá ser.

—Y ¿sobre qué va usted á hablar?—preguntó el periodista, sacando de su cartera unas cuartillas y un lápiz.

Aquí se vió cogido don Simón, que aún no había madurado el cuándo ni el asunto.

—Pues hombre—respondió por decir algo,—pienso hablar... sobre... Ya se ve, ¡son tantas las cosas que uno!...

—Vamos, ya le comprendo á usted. Versa-

rá el discurso sobre algún asunto importante para la provincia que usted representa.

—Cabalmente,—exclamó don Simón, mientras el otro escribía con el lápiz en una cuartilla, sobre el mármol de la contigua chimenea.

—Á ver si esesto,—dijo á poco rato el periodista, leyendo al diputado lo que había escrito.

«Dentro de algunos días tratará en las Cortes el opulento diputado don Simón de los Peñascales, un asunto de vital interés para el distrito que representa. La autoridad de que, por su brillante posición social, está revestido este digno miembro de la Cámara, y el talento que le distingue, hacen creer que la discusión será una de las más interesantes que, en su género, se promuevan en la presente legislatura.»

Don Simón se quedó estático. Cuando aquel párrafo se publicara, su nombre comenzaría á sonar tan recio como él deseaba; *pero*, una vez publicado, adquiriría el compromiso de hablar, de hablar mucho, y de no hablar mal del todo. Así es que no pudo menos de decir al periodista:

—¡Canario, canario!... usted me favorece mucho; pero...

—¿Cree usted que le lisonjeo? ¡Bah!... Dejando aparte que usted se lo merece, y mucho más, aquí no se gasta otra cosa.

—Ya lo observo; pero así y todo... ¿Y cómo se llama su periódico de usted?

—*El Ariete*

—Muy conocido, en efecto.

—¡Oh! de primer orden. Desde mañana lo recibirá usted en su casa.

—Tantas gracias.

—Cabalmente son suscriptores *también* todos los hombres notables de la política y de la Bolsa. Sólo usted nos faltaba, como quien dice.

—En ese caso—dijo don Simón comprendiendo entonces la intención del periodista, que no era seguramente la de regalarle el periódico,— envíeme usted el recibo.

—Á su tiempo, señor de los Peñascales. Con hombres como usted, guarda la administración ciertos trámites de confianza. No los guardaría ciertamente con muchos de sus colegas de usted. ¡Aquí hay que tener más ojos que los de Argos!

—¡Hombre, usted exagera!

—¿Quiere usted que le trace algunas biografías? Le aseguro á usted que serán deliciosas.

—No hay para qué, no hay para qué,—se apresuró á responder don Simón, como si temiera *comprometerse* con la oficiosa espontaneidad del diplomático; el cual añadió inmediatamente:

—Y su apreciable familia de usted, ¿se divide en Madrid?

—Pshé... Como todavía no conoce el terreno bien, por más que tenga muchas y buenas relaciones...

—Cierto; faltan la intimidad de las provincias, el roce continuo, ciertas reuniones de confianza... Y á propósito: creo haber entendido que pensaba usted dar algunas.

—¡Es usted el mismo demonio!—saltó don Simón, admirado de que también le hubiese leído su segundo pensamiento.

—¿Luego es cierto?

—Pshé...—volvió á responder el pobre hombre, sonriendo de gusto.

—¡Magnífico dato para la *Crónica de salones!*—dijo el periodista sacando sus avíos de nuevo, y escribiendo á escape en otra cuartilla de papel.

Mientras esto hacía, admirábase más y más don Simón, no tanto por su extraño desenfado, cuanto por las consideraciones reverentes que parecía merecerle. Sin saber por qué, todo le interesaba en aquel hombre; por lo cual ardía en deseos de saber cómo se llamaba, y (¡vean ustedes qué curiosidad!) si era soltero.

Acabó de escribir el periodista, y leyó acto continuo á don Simón lo siguiente:

«Muy en breve contará la buena sociedad de Madrid con otro centro de amenidad y de elegancia. El opulento capitalista y diputado á Cortes, don Simón de los Peñascales, y su distinguida familia, se disponen á recibir á sus numerosos amigos en sus espléndidos salones de la carrera de San Jerónimo.»

—¡Pero usted me compromete!—dijo don Simón, trémulo de gusto, al recibir aquella rociada de piropos.—¿Y si no llego á dar esas reuniones?

—No habrá nada de lo dicho, y en paz. Pero ¿qué há de hacer usted sino darlas? Los hombres ricos é ilustrados y que, como usted, tienen además una señora modelo de elegancia y de agrado, y una hija, conjunto de todos los hechizos imaginables...

—Pero ¿qué sabe usted de todo eso?—preguntó don Simón hecho ya un caramelo.

—¿Ha podido usted acaso creer—respondió el diplomático, explotando á su gusto la candidez del diputado,—que personas de la significación de usted pasan inadvertidas en ninguna parte? ¡Bah! Se le conoce á usted en Madrid casi tanto como en su provincia.

—¡Cielos, si será verdad?—pensó el bolonio; y añadió en voz alta:—Usted me lisonjea, sin duda.

—No es ese mi carácter, señor de los Peñas-

cales,—respondió el tuno haciéndose el ofendido.

—Quiero decir...—se apresuró á rectificar el primero.

—Hagamos punto sobre ello, amigo mío.

—Puesto que usted lo desea, hagámosle. Y ¿podría saber *su gracia*?

—Arturo Marañas; y por añadidura, andaluz y soltero.

—¡Soltero también!—exclamó don Simón sin poder disimular su alegría.

—¿Y qué le choca?

—Nada, nada—rectificó, aturdido, el candoroso diputado;—sino que, como lo decía usted á continuación de su apellido, ¡já, já, já! me hizo mucha gracia.

—¡Já, já, já!... Yo soy así—dijo el diplomático siguiéndole el humor.—Como nada debo, ni nada ni á nadie temo, doy todo mi pasaporte cuando me preguntan cómo me llamo... Pero observe—dijo, interrumpiéndose de pronto y consultando su reló,—que con el placer de estar á su lado, olvido uno de mis deberes. Así, pues, si usted me da su permiso, vuelvo á mi tribuna á tomar algunas notas sobre la sesión de hoy.

—¡Pues no faltaba más sino que yo!... Corra usted, amigo mío; y mil gracias por tantas bondades.

—Señor don Simón...

—Señor don Arturo...

—Hasta la vista.

—Hasta la primera.

Marchóse el mozo, y quedóse Peñascales hecho un papanatas. Aquel encuentro le parecía providencial. Un diplomático, y diplomático soltero; un periodista que anunciaba su futura peroración y sus reuniones en proyecto, y un probable encomiador de ambas cosas en la prensa. Todo esto en una pieza y á sus órdenes. Porque ya le era indispensable *echar* el discurso y abrir sus salones. Cierito que el nombre del diplomático, á quien tendría que convidar á las fiestas de su casa, no le sonaba á conocido; pero ¿estaba él en la obligación de conocer á todos los personajes políticos, hoy que tanto abundan?

En esto se oyó la campanilla de marras, y un su colega de la mayoría, que, por su apresuramiento y cara de vinagre, más parecía cabo de comparsas,

—¡Vaya usted á votar!—le dijo en tono desabrido.

—¿Qué voto?—le preguntó don Simón, disponiéndose á obedecer.

—Que *sí*,—le respondió el otro, pasando de largo y rebuscando ansioso callejuelas y rincones, como pastor que junta su rebaño.



CAPITULO XVIII

CONTINUABAN doña Juana y Julieta divirtiéndose cuanto podían en Madrid; pero no satisfaciendo por completo sus aspiraciones. Estaban lo bastante relacionadas para no concurrir solas al teatro, y para asistir de vez en cuando á algunas reuniones de *medio carácter*; pero no lo suficiente para figurar entre lo más rechispeante del *buen tono* madrileño, que era lo que ellas deseaban.

Esto entendido, calculen ustedes su asombro y descomunal alegría, cuando don Simón las sorprendió con el periódico en el cual se estampaban los dos sueltos que conocemos, y con la noticia de que el autor de ellos era un elegante joven con sus barruntos de embajador.

Aquel día no se comió ni se hizo nada de traza en la casa. Leíanse los fascinadores párrafos cien y cien veces, arrebatando el periódico.